

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Un mes.....	1 pesetas.
» trimestre.....	2,50 »
» año.....	10 »

EN MADRID....

FUNDADOR

EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
Un trimestre.....	3 pesetas
» semestre.....	6 »
» año.....	12 »

EN PROVINCIAS..

EL DISCURSO DE ROMERO

No es ocasión aún de comentarlo.
Tomemos nota de las siguientes quejas... y espere-

mos:
«Se dice, yo no lo creo, no lo quiero creer, me parece una calumnia, que en Palacio no me quieren á mí; pero aunque eso fuera verdad, repito que no lo creo. Aunque fuera verdad, aunque Silve a disfrutase allí de todas las preeminencias y yo de ninguna, yo y mis amigos, los que no hemos querido traicionar la memoria de Cánovas, tendríamos, si no beligerancia, neutralidad. Darnos á escoger entre la humillación y la rebeldía sería insensato. No quiero ni pensar que nadie llegue en sus consejos y en sus actos á tales extremos de peligrosa insensatez.

Si lo que se dice, lo que yo no creo, á mí no se me quisiera en Palacio, á mí se me cerraran las puertas de Palacio; si yo pasase algún día por casualidad frente á ese Palacio y me rozara en el camino con Silvela, éste me diría: «Ahí vive una familia dichosa, por quien no hice nada en los tiempos de su desgracia; hoy se lo debo todo: favores, poder, posición... todo. «Bendita sea»; y yo exclamaría: «Ahí, en esa casa, donde yo no entro, vive una familia, á quien yo ayudé en tiempos de su desgracia, por quien trabajé para que ocupase ese Palacio y ese trono. Ahí vive y es feliz. Dios le dé la suerte que merece.»

MUÉRETE Y VERÁS

ó

EL CABALLERO Y LOS PINCHES

Digame vuesa merced; si vuesa merced fuera conservador, ¿dónde se iría, y con quién se iría?

—¿Dónde y con quién te irías tú?

—Yo, ¿con quién? Con el sol que más calentase y á donde hubiera provecho.

—Villano eres, Sancho, y como tal piensas.

—Pero aunque así, sea contésteme vuesa merced, que yo he preguntado antes.

—Pues yo me iría con D. Francisco Romero Robledo. Ha probado que es un hombre de corazón, que guarda ley en él á D. Antonio Cánovas, y que se le da un comino con lo que digan, y aun menos le importa jugarse para siempre el provecho político con tal de decir verdades y defender lo que él cree justo y conveniente en política. Voy á hacer un paralelo entre Romero Robledo y el retórico defensor de ganado.

—Digame vuesa merced, ante todo, qué es eso de paralelo que vuesa merced va á hacer, y á quien llama vuesa merced defensor de ganado.

—Pues llamo defensor de ganado al frío, egoísta y pedante Silvela, que por cuatro cuartos va á poner su retórica femenina, su ladino arte en defensa de la ganadería del duque, por si son ó no son mansos como bueyes los toros de Veragua; á Silvela, á quien con soberano desdén miró siempre D. Antonio Cánovas, y contra el cual sólo supo el dicho abogado Silvela chismorrear, mostrándose, como los perrillos falderos, dispuesto á lamer la mano del D. Antonio, y á morderle si éste se descuidaba. Y en cuanto á explicarte lo que

quiere decir un paralelo, que es lo que he ofrecido hacer, te diré que así se llama á to lo estudio hecho sobre dos cosas ó sobre dos personas que, hallándose en un mismo plano, siguen direcciones diversas, tanto, que jamás puedan coincidir.

—Venga el paralelo... que ya pienso que he entendido lo que ello es.

—Pues mira, Sancho, Silvela es, no la daga, sino la vaina florentina; un caballerete cursi como no hallarás otro... Pulidez es la suya tan cursi, tan cursi, que así se muestra en lo relamido y petulante de su frase. Su cultura es vana; es un afrancesado anticuadísimo. Hombre que no tiene otras armas de guerra que los dicharachos de jamona envidiosa y la murmuración. Jamás atacó frente á frente, ni cara á cara... y dijo haber salido del bando conservador cuando acababan de despedirle poco menos que á puntapiés (moralmente hablando). Como adversario, procuraba herir de muerte, envenenando la daga... pero haciendo al propio tiempo protestas de respeto al propio que quería hacer víctima del odio, del negro odio, que él, D. Francisco Silvela, alimentaba en las entrañas.

¡Pálido rostro, negro diente,
hiel en el corazón!..

Risa falsa, risa de conejo. Tanto, tanto viene adulando «al poder moderador», tanto ante el poder moderador dichoso se postra... que toda la gente que teme perder distrito, toda la que espera reposición en los destinos... mejor dicho, casi toda la pinchería conservadora, espera oportuno momento para seguirle ó ya le sigue, porque se dicen:

«El reino del poder será de los que besan los pies...»

Y se equivocan. Por medroso tienen al tal D. Paquito y no están «los poderes moderadores» para buscar apoyo en hombrecillos de tímido ánimo.

Cuando D. Arsenio Martínez Campos, el general Casado ó Bertoldo ó Bertolino, volvía de Cuba, censurado por toda la prensa, censurado, tácita, si no expresamente por el Gobierno conservador, y tan censurado por el pueblo, que hubo de hacerle un ruidoso y sibilante recibimiento... ¿Por qué entonces no se puso al lado del general Martínez el Sr. Silvela? ¿Por qué no hizo frente á la prensa, al Gobierno y al pueblo, é hizo la defensa del general, defensa franca, pública y valerosa?

¿No estuvo canta que canta en aquello de guerra por la guerra, el tal D. Paquito?

Mira, Sancho, que no hablaría de Silvela si no fuera porque necesito hablar de Romero Robledo... Pues Silvela es hombre que no va á parte alguna.

Romero Robledo es hombre de pasiones; habrá cometido desaciertos... pero confesemos que hasta en ellos ha revelado sana intención y corazón, mucho corazón. Contra la prensa, contra la opinión popular... salió á la defensa de la Castro Enriquez... Cuando se separó de Cánovas lo hizo abiertamente, procurando formar un verdadero partido... no quedándose en la antesala entre murmurador y suplicante esperando que el amo desenojado le volviera á llamar... no corrió aventuras, gastó energías en busca de gente y de ideales nuevos.

¡Ah! ¡Si D. Francisco Romero Robledo hubiera crei-

do en el pueblo, si D. Francisco Romero Robledo... hubiese tocado antes el desengaño que hoy toca, viendo al Cos, al Lema, al Vadillo, á toda la pinchería canovística que ayer hacía gala, poco menos que de despreciar á Silvela... cómo ahora quieren acercarse á éste... puede que Romero Robledo, hombre de sangre ardiente, de nobles resoluciones, de entusiasmo político, fuese hoy el verdadero hombre de la República! ¡Error grande ha sido el suyo! El ha querido amigos, y los tiene; pero hubiera tenido más, y ahora, en estos momentos, sería el ídolo popular, si en vez de mirar por los intereses de una sola (aunque elevada familia), hubiera atendido única y principalmente á los intereses y á los derechos de la nación.

Yo, si fuera conservador ¡que no lo soy, ni monárquico! con D. Francisco Romero Robledo me iría...

—¿Por qué no se viene él con el pueblo? No sale hoy gallardamente á la defensa del general Weyler, acusado por Cos-Gayón... ¡Por Cos-Gayón, que un segundo antes de perder el Gobierno afirmaba que Weyler era la salvación de España. Acusado por un Cos-Gayón... Weyler, que ha cometido el delito de cumplir con el encargo que el Gobierno le había dado de responder á la guerra con la guerra...

—Qué líos políticos... ¿y qué piensa vuesa merced que puede resultar de todo esto?

—¡Quién puede adivinarlo! Ser pudiera que el ejército, desengañado de la falsía de la política monárquica, que el general, furioso al verse injustamente censurado, que Romero Robledo y con él gran parte de la culta é inteligente juventud conservadora... un día, día inesperado... echasen á rodar todo cuanto...

—Puntos suspensivos, señor y amo mío... mire que son molinos ó fiscales... y no gigantes, y no sea que vuesa merced y yo vayamos al Abanico. Además, toda esa gente de que estamos hablando es monárquica y maldito lo que nos importa que sea buena ó mala.

—Cierto, Sancho; razón tienes... yo te lo confieso... pero tratábase aquí de simpatías y antipatías, y á mí me es odioso el abogadillo Silvela como político... y simpático el franco, brioso y espontáneo D. Francisco Romero... Con el primero se irán los pinches; con éste los hombres, porque es un caballero andante, fiel y valeroso.

—¡Ah! ¿Sabe vuesa merced lo que pienso? Pues pienso que si D. Antonio resucitase y viera á los suyos con Silvela... ¡qué cosas no diría! ¡No hay como esto de que un hombre muera para ver prodigios! ¡Cos-Gayón aplaudiendo la separación de Weyler del mando del ejército de Cuba! ¡La cabra triste con el gato Silvela! Con el gato que echó de su casa D. Antonio, y bufó, quedándose en el tejado, ora mahullando amenazas, ora lamentoso y pedigüño.

¡Cosas de ver y reir
siguieron siempre al morir!...

El que nos mostró falso amor no oculta su odio; muchos que creíamos que nos odiaban manifestaron dolor de habernos perdido... y en fin... ¡Muérete y verás!

DON QUIJOTE

EFFECTOS DE LA AUTONOMÍA



La enfermedad del presidente.



¡Sálvese el que pueda, que viene Weyler!



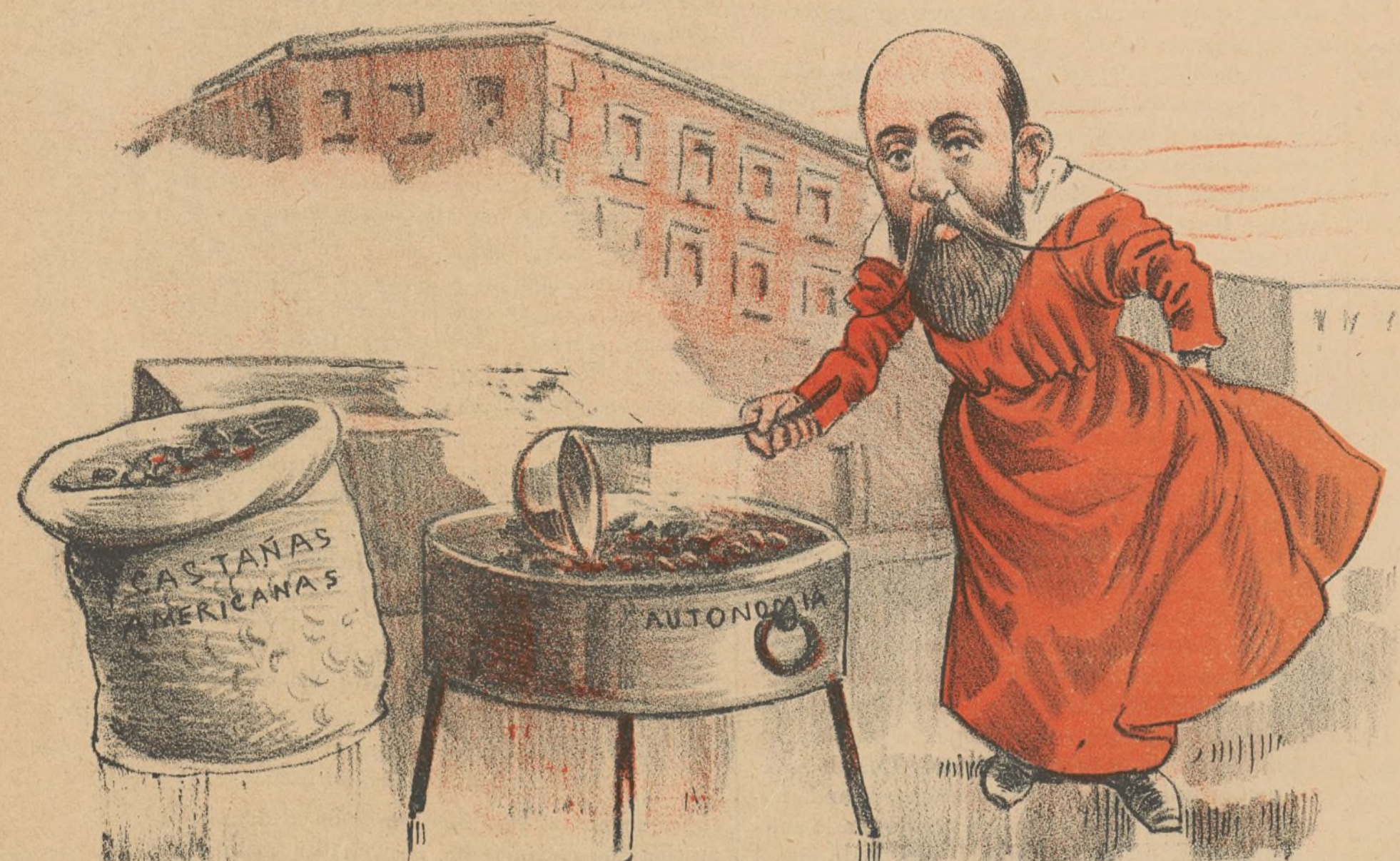
¡Qué tenéis, madre!



Un Blanco á quien van á volver negro.



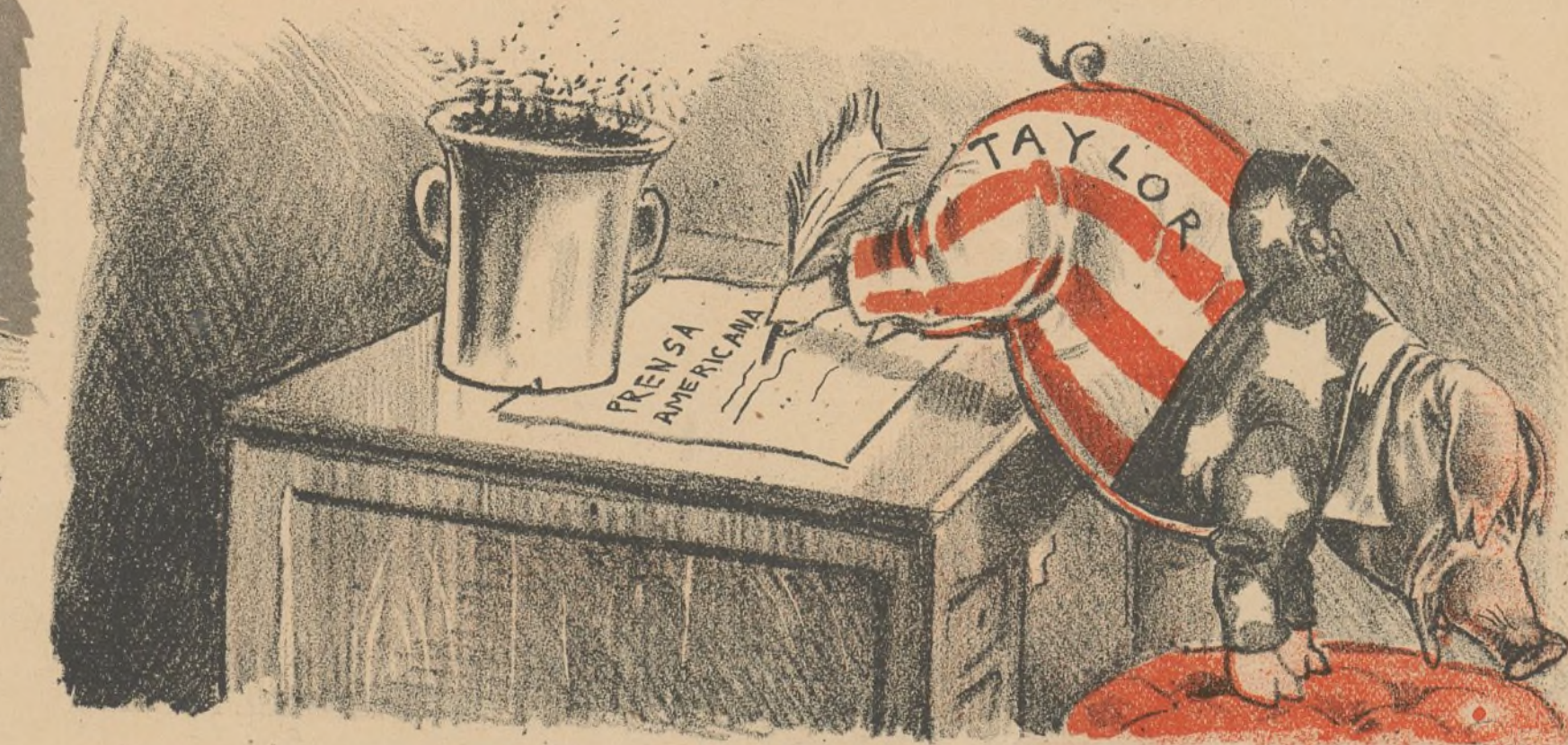
La juventud carlista.
LOS DESPLANTES DE TAYLOR



¡Cuántas... calientes!



Voy á hacerte contigo una limoná...



Cochinerías... y armas al hombro.

Ayuntamiento de Madrid

LA HONRA DE ESPAÑA

¿Saben ustedes cuándo estallará la guerra civil? Pues en el mismo momento en que peligró la integridad de la patria ó su honor se encuentre en un tris. Aquel día D. Carlos de Borbón y Este, ilustre caballero del Toisón y padre infortunado de la interesante doña Elvira, dará orden á sus huestes para que, sin pérdida de momento, saquen la cara y aun el cuerpo entero por la dignidad nacional. Hay que agradecer con toda el alma á este guardián celoso de nuestra honra colectiva que haga por nosotros lo que no ha sabido hacer por su propia hija. Y eso que á la madre España no se sabe hasta el presente que la ronde ningún Orbaneja.

Para poner el colmo á nuestro regocijo habría sido conveniente que el corifeo del carlismo á quien debemos tan grata nueva se hubiera servido manifestarnos de qué suerte va á realizarse ese salvamento del patrio decoro. ¿Serán los encargados de volver por nuestro buen nombre otro Tristany, otro Saballs, otro Samaniego, otro Jergón, otro cura de Flix, otro cura de Santa Cruz? ¿Se empleará para restaurar en el mundo nuestra limpia fama el saqueo, el asesinato, la violación, el incendio, el emplumamiento de mujeres, el atropello de niños y ancianos, el acribillamiento de enfermos, la muerte por hambre y demás procedimientos con que tan altos pusieron los prestigios de España esos simpáticos partidarios de la ley Sállica? Valdría la pena de saberlo para estar á todo apercibidos.

En eso del honor nacional tiene el régimen absoluto mucha autoridad. Durante tres siglos Austrias y Borbones trajeron á España como un zarandillo á merced de intereses ajenos. Todo el mundo se ha burlado de nosotros. Fuimos presa de los flamencos y juguete de los austriacos. El primer Borbón nos convitió en una sucursal de la Francia. Carlos III nos introdujo sus pactos de familia. María Luisa y Godoy nos honraron singularmente ante el mundo. Carlos V nos vendió en Bayona y Fernando VII en Valencay. Luego este insigne monarca llamó á los franceses á intervenir en nuestros asuntos. La primera guerra civil nos hizo muy bien quistos á los ojos de Europa; dígalos el convenio de lord Elliot destinado á evitar las salvajadas de una verdadera lucha de caníbales. Si; no hay duda que la dignidad nacional debe mucho al absolutismo.

Para completar esa obra y poner el nombre de España sobre los propios cuernos de la luna, no hace falta sino que los partidarios de D. Carlos se lancen ahora al campo á anular sus magnánimas hazañas de otros días. ¡Qué honor para nosotros! La Europa entera contemplará atónita una tercera guerra de legitimidad emprendida en las labores del siglo XX. No volverá de su asombro. La lucha civil, estallando en plena ruina de la patria, le dará la medida de nuestro patriotismo. El motivo de esa contienda le revelará nuestro estado intelectual. El imponente espectáculo de incendios, saqueos y asesinatos, en montón, hará revivir á sus ojos las grandezas de los tiempos bárbaros. No nos conquistará; eso no, porque estamos apartados y no valdremos la pena.

Sabios antropólogos vendrán diligentes de todas las partes del mundo á estudiar las condiciones de una raza en cuyos cerebros quedan de tal suerte petrificadas las ideas. Y, rectificadas la geografía corriente, se enseñará á los niños de todos las escuelas europeas que el Pirineo forma la frontera de Africa.

Que los carlistas invoquen el honor de la patria, vaya en gracia. Es una habilidad política, burda como tantas otras. Lo inconcebible es que un personaje liberal (¿quién será?) haya podido decir ni imaginar que el carlismo llegaría á ser, en ninguna posible contingencia, el campeón de la dignidad nacional. Se tiene aquí por muchos, del honor colectivo, un muy errado concepto. No deshonra á una nación la derrota, ni la impotencia, ni aun la intervención extranjera, ni la desmembración territorial, sino en tanto que tales desgracias hayan sido por ellas merecidas. En todo caso la deshonra nacerá de merecerlas, no de sufrirlas. Si la lucha de Cuba terminara en un gran desastre, lo único que en él puede interesar á nuestro honor será la inmensa responsabilidad que nos cabe en las causas que él originaron. Pensar que el carlismo pueda nunca restaurar ese honor comprometido, es gran desatino. Él es para la patria la deshonra suma. Nada, ni la pérdida misma de Cuba, ni la propia intromisión extranjera sería tan profundamente depresiva para el decoro nacional como el intento siquiera de restablecer en los postreros años de este siglo el imperio de la monarquía absoluta encarnada en la persona de un inepto y vulgar aventurero. Perdiendo á Cuba, España demostraría impotencia. Cediendo ante los Estados Unidos, cedería ante la imposición de la fuerza. Llevando al trono á D. Carlos, rubricaría su propia abyección y abdicaría para siempre como nación civilizada.

ALFREDO CALDERÓN.

QUISICOSAS

—Una condecoración tiene el marido de Blasa.
—¿La ganó en alguna acción?
—La ganó sirviendo... en casa de un general de salón.

—El ser militar me abruma.
—No le debe á usted abrumar, porque hoy día el militar asciende como la espuma.
—Aquí me tiene usted á mí que en diez años no he ascendido.
—Pero usted no se ha batido.
—¿Y otros no ascienden así?

—Como Blanco no está manco y la guerra no le aterra, Blanco acabará la guerra; es decir, dará en el blanco.

Creo que de todos modos Blanco ídem no se pondrá, pues si no, Blanco será...
—¿Qué será?

—El blanco de todos. Blanco está en Cuba, y me alegro.
—¿Se alegra usted?

—Sí, soy franco, porque á un general que es Blanco no le pueden poner negro.

—Mas si su prestigio pierde y en Cuba se porta mal, aunque es Blanco el general, el pueblo le pondrá verde.

—En Cuba mi chico pasa penalidades y apuros, pero el de usted está en casa...
—Porque di trescientos duros.
—Su chico es de gente rica y no va á servir al rey; pero usted en cambio predica la igualdad ante la ley.

VICENTE RUBIO.

LANZADAS

Nuestro querido amigo y compañero D. Eduardo Rosón, ha tenido la inmensa desgracia de perder á su señora madre.

Ya sabe él cuanto se le quiere en esta y cuán de veras nos asociamos á su dolor.

El Sr. Castelar, según leemos en un periódico, padece de una gran irritación á los ojos.

Lo lamentamos profundamente.

Y preguntamos:

—¿En cuál de ellos?

El protector de Limón, Sr. Sánchez Toca, ha publicado un folleto estudiando «la lenta, pero continua» descomposición del partido conservador.

Lo celebramos mucho.

Y prometemos solemnemente no leerlo.

El Sr. Villaverde jura y perjura que él no votó el año 73 la proclamación de la República.

¡Bah! Porque se lo prohibiría su jefe de entonces, el Sr. Ruiz Zorrilla.

El Sr. Giberger, según nos hacen saber los periódicos ministeriales, ha recibido un telegrama de Nueva York en el que se le transmiten noticias muy optimistas respecto á los trabajos que están realizando sus correligionarios en favor de la paz.

¿Pero no habíamos quedado en que Máximo Gómez, y con él todos los titulados generales de la manigua, rechazaban la autonomía?

Y á propósito:

Según noticias particulares, los insurrectos han atacado recientemente á Holguín y á Mayarí.

¡Nada, que los trabajos de los autonomistas en favor de la paz, están dando resultados excelentes.

Descubrimiento prodigioso.

Un campesino italiano ha encontrado (¿dónde?) una piedra luminosa cuya luz puede alumbrar suficientemente una habitación.

¿Piedra y luminosa?

¡Cielos, si será Martín Esteban!

El Tiempo dice que es imposible que el Gobierno consienta la salida de expediciones filibusteras para Cuba.

¡Si señor, que parece imposible!

Pero ya verá usted cómo continúa consintiéndolas.

Era hojalatero Hilario, y por su mucho talento le nombraron secretario de un insigne Ayuntamiento.

Y cuando demás estaba,

sin hacer gran sacrificio, Hilario se dedicaba á las cosas de su oficio.
«¿Deja la secretaria?»
le preguntaba Colás;
y el hombre le respondía:
«Los embudos dejan más.»

Libros:

D. Pascual Queral, distinguidísimo escritor aragonés, ha publicado, con el título de *La ley del embudo*, una interesantísima novela, en la que se presentan al lector, en toda su «espantosa desnudez», las miserias del caciquismo.

Al libro del Sr. Queral acompaña un prólogo muy notable de D. Joaquín Costa.

Precio del libro (dos tomos), cuatro pesetas.

Representante de DON QUIJOTE en Cuba, D. Emilio Adeodaty y Gómez, Villegas, 118, Habana.

LAS CUNAS FRÍAS

UN NIÑO SIN PAN

Venid aquí, filósofos, sociólogos, políticos, filántropos. Hay un niño sin pan. Y es rubio, sonrosado, inteligente, hermoso. Venid. Hay un niño sin pan. Su cuna está fría. Vosotros, los que habéis calentado las gradas del trono, las losas del templo, los entarimados de los palacios, calentad esta cuna.

No es lícito á los hombres convertirla en sepulcro. Puede ser un recuerdo la vejez; pero la infancia es una promesa. Sileno debe llevar en hombros el porvenir. Cada ser tiene preparado su sustento en la tierra ubérrima y fecunda para todos. Cada árbol tiene un fruto; cada pájaro un nido; todo reptil una guarida, y su cueva todo chacal. Para ese niño debe haber alimento y abrigo. ¿Quién es de entre vosotros el usurpador?

¿No tiene madre? interrogáis. La tiene ó no. ¿Qué importa? Si es huérfano, ¿por qué le abandonáis? Si hay quien puede estrecharle en su regazo, ¿qué crimen no es el vuestro cuando priváis del derecho á la vida al hijo y á la madre?

Cada siglo debe llevar su nombre. Hubo el siglo de la Reforma, como hubo otro de la Revolución. Este siglo en que sufre la mujer y perece el niño, debe llamarse, para vergüenza vuestra, el siglo de la escrófula y de las enfermedades de la matriz.

¡La limosna! Es insuficiente. Es la reparación de solo un día; es la condenación de la humana actividad; humilla y abochorna. Se socorre á los hombres para dominarlos. También Epafrodita daba pan á Epitecto, y César á Vercingetorix. Junto al plinto de la caridad hay siempre un esclavo. Al buey se le alimenta; al caballo se le mantiene. Sólo al hombre se le reconoce el derecho, se le da lo que es justo, sin llamar á la justicia merced.

Y además, ¿es que no lo sabéis? Hay 500.000 niños que sucumben de frío y de anemia, y que no caben en vuestros asilos inmundos. Hay un millón de madres que arrastran sus andrajos implorando misericordia. Hay seis millones de campesinos y de obreros que preguntan dónde está la justicia social.

¡Proyectos! El hambre no da espera. ¡Consuelos! No los hay para el despojado. ¡Creencias! No hay creencia sublime cuando consagra la iniquidad.

¿No encontráis el remedio? ¿Cómo habéis de encontrarle! Habéis hecho al capital productivo y al trabajo infecundo. No concebís Estado sin impuesto, dueño de su propia riqueza. No imagináis derecho sin fuerza, sustentado por el interés de los más. Encarecéis el pan para sostener elérgicos y caudillos; favorecéis la competencia injusta; os repartís la tierra y sus frutos. ¡Y queréis encontrar el remedio! No lo hallaréis. Pero entendedlo bien. Esas cunas no pueden estar frías. Todo aquel que posee injustamente, que no produce, que no crea, sentirá pronto ó tarde el frío de la propia maldad en el corazón.

¡Cegueras! respondéis. Pasó aquel tiempo en que de algo servían las declamaciones románticas. Ciegos son los que cantan las grandes amarguras. Troya tuvo un Homero; Eva un Milton. La humanidad que sufre tiene ya muchos ciegos; ellos buscan la luz y la encontrarán.

Las cunas están frías. No seguemos el tallo sin espiga, la flor en capullo, el fruto en promesa. Cuando sumbe un niño, la Naturaleza parece que se niega á sí misma; cuando muere ese niño por falta de sustento, la que se niega es la sociedad. No envenenéis las fuentes de la vida, pues que habéis de beber de sus aguas. Respetad, socorred á esos niños... ó temed que os maldigan los vuestros.

ANTONIO ZOZAYA.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.